

Ideólogos para la paz

Por Eduardo Posada Carbó

En el imaginario histórico de los colombianos, suelen predominar hoy las figuras asociadas con la confrontación.

Ellas alimentan con frecuencia el falso estereotipo que nos identifica con una nación de extremos, intolerante, inmersa en un pasado casi exclusivo de violencia. Su peso en la memoria colectiva ha opacado a quienes le dieron más valor al compromiso que a la contienda - a quienes se preocuparon por desarrollar un pensamiento para la convivencia pacífica y democrática, cuya obra sería entonces oportuno revisar.

Entre esos “filósofos para la paz”, tendría que destacarse Carlos Arturo Torres. Pocos pensadores colombianos alcanzaron en su época el renombre internacional de Torres. Su trabajo intelectual fue de una riqueza extraordinaria, tanto en sus numerosos artículos de prensa como en sus libros. Una breve mirada a varias de sus ideas permite identificar casi de inmediato su enorme relevancia y actualidad.

* * * * *

Carlos Arturo Torres nació en Santa Rosa de Viterbo, Boyacá, en 1867 y murió en Caracas, Venezuela, en 1911 – a los escasos 44 años de edad. Algunos le recuerdan por su poesía. Más relevantes aquí son sus escritos periodísticos de fines del siglo XIX y, en particular, la serie de ensayos que le merecen un sitio especial en la historia colombiana, *Idola Fori*, publicado por primera vez como libro en España en 1909.

El profesor Rubén Sierra Mejía ha subrayado el papel de Torres como “intelectual contra la guerra”, al oponerse – en su condición de Liberal –, a la decisión de su partido de lanzarse a la Guerra de los Mil Días. Sierra Mejía sugiere que su

oposición a esa aventura bélica no se debió tanto a “razones estratégicas... ni al desconocimiento de una realidad opresiva, sino a razones de doctrina o de carácter ideológico” (en Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera, eds., *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días, 1899-1902*, Bogotá: Planeta, 2001). Así puede verse muy bien en los textos de *La Crónica*, examinados por el profesor Sierra Mejía, y, sobre todo, en *Idola Fori*.

Torres no guarda esfuerzos para deslegitimar el recurso a la violencia.

Entre nosotros, las guerras “más sangrientas, más largas y populares” se habían emprendido además, según su opinión, contra “tres de los magistrados más respetuosos de la ley y deferentes a la opinión: los señores Mariano Ospina, Aquileo Parra y Manuel A. Sanclemente”. Ante los abusos de los gobiernos, predicó “el reclamo del derecho vigoroso, incansable y enérgico”. Los medios civilizados eran mucho más eficaces para transformar la sociedad que la violencia: había que “evitar la guerra para hacer posible la revolución”. Nada podía esperarse de aquella: “la libertad que la violencia impone por la violencia desaparece”.

Como lo observó José Enrique Rodó, *Idola Fori* fue un “mensaje de conciliación y armonía”. En ese mensaje, Torres defendió la tolerancia y la relatividad, basado en el positivismo spenceriano, al tiempo que condenó al fanatismo, “una de las formas de extravío de criterio que mayores males ha causado en las democracias hispanoamericanas”.

El título del libro, en efecto, hacía alusión a los “ídolos del foro”, o a esas “supersticiones políticas”, o “ideas que continúan imperando en el espíritu después de que una crítica racional ha demostrado su falsedad”. Abogó por la rectificación y la rotación de las ideas y de los partidos.

Dos “supersticiones” recibieron en su libro especial atención: las “democráticas” y las “aristocráticas”.

Al referirse a las primeras, Torres se proyectó como un liberal clásico, sospechoso de todo poder, incluido el de las mayorías. “El proverbio que atribuye a la voz del pueblo el maravilloso don de infabilidad y justicia privativas de la voz de Dios” – advirtió - “no se confirma, desgraciadamente, en los más trágicos y decisivos momentos de la historia”. Sospechaba de la multitud, cuya conciencia era inferior “en muchos grados” al de “cada uno de los individuos que la componen”. Del espíritu de la multitud, “la verdad y la justicia no emanan sino rara vez...”.

Había que sospechar pues de la opinión pública, ya que en algunas ocasiones no era “sino la pasión colectiva, no siempre legítima, y en otras el general extravío, no siempre inocente”. La libertad podía verse peligrosamente amenazada por las mayorías. En apariencia, la demagogia era “aliada de la democracia”, pero en verdad no pasaba de ser “su evidente enemiga”.

Sus credenciales liberales se comprobaron de manera similar en sus críticas a la “superstición aristocrática”, a esa otra idea de “atribuir a un hombre sólo el mérito de la obra colectiva”. Si en la “superstición democrática” demostraba los errores de la fé absoluta en las mayorías, en ésta exponía las falacias de la “teoría pagana del Hombre Superior”: la admiración excesiva de cualquier líder “puede convertirse y se ha convertido más de una vez en tiranía”. En vez de endiosar a los hombres, Torres propuso “el respeto a la ley, el concepto de dignidad nacional y el culto serio de la libertad”.

Importa destacar que el libro de Torres se publicó en tiempos de consolidación de la paz, pocos años después de finalizada la Guerra de los Mil Días.

En ese contexto, su obra adquiere relevancia también por sus prescripciones para aquella “era de reconciliación y concordancia”. Fueron más que todo prescripciones en el campo de las ideas, pero con incidencias políticas. A los “períodos de histerismo revolucionario” sucedían forzosamente “períodos de represión”, cuando debía “vedarse toda recriminación inútil”. La educación nacional tenía que ser un componente fuerte en el camino de las reparaciones.

Su mensaje de conciliación ofrece además lecciones para conducir las controversias en el debate público.

Torres condena los juicios absolutos y elogia el matiz: “la facultad de apreciar los matices constituye el rasgo más relevante que diferencia una inteligencia desarrollada de otra que no lo es”. En ausencia de esa facultad, sólo sobresale el simplismo de quienes todo lo dividen entre “lo bueno y lo malo... sin que sus sentidos rudimentarios puedan apreciar las infinitas transiciones, las innúmeras graduaciones de luz y de calidad que caben dentro de los dos términos extremos que se imponen a su mentalidad primitiva”.

Torres encuentra en la historia la disciplina por excelencia para una pedagogía de la reconciliación.

A la historia no se le pueden pedir “juicios definitivos”. Sobre los hechos del pasado existirán siempre diversas interpretaciones, “pero el mismo conflicto entre los puntos de vista es en sí mismo una alta enseñanza de tolerancia”. En el reconocimiento de esa “dificultad que se tiene para juzgar con exactitud” se impone, según Torres, “la indulgencia para las divergencias de opinión”. La historia es, en conclusión “el estudio emancipador por excelencia ... une el respeto de lo que fue al anhelo de lo que será y se aleja igualmente del espíritu de reacción y del espíritu de

revolución”. Torres advierte contra quienes se dedican a demoler el pasado “como si el pasado no fuera la base indestructible del porvenir...”.

Muchas de las páginas de *Idola Fori* discurren en el campo abstracto, pero es claro que el objetivo del texto está motivado por la realidad colombiana.

Torres reclama el legado de la independencia, donde identifica los mejores valores del espíritu nacional, como “la tradición legalista, el predominio del civilismo, la preocupación constante por las fórmulas institucionales”. No sufrimos, como sí les sucedió a otros países del continente, el fenómeno del caudillismo. Pero el dogmatismo partidista provocó esas guerras civiles y revoluciones que causaron tanto estrago.

La rectificación de ese banderismo partidista y fanático fue el propósito final de sus ataques contra los “ídolos del foro”. El concepto de “patria” debía prevalecer sobre el de los partidos. Su lenguaje no fue patriotero. Mas Torres invitaba a “regresar al optimismo”, creer en esa “comunidad de muy tangibles y positivos intereses humanos” que era la patria, “en su potencialidad, en su porvenir y en la altura de sus destinos”.

Al abogar por construir un “espíritu de rectificación”, Torres sugería alejarse de dos exageraciones. Primero, del “nihilismo rencoroso de los demoledores” – de quienes desprecian “los acopios morales de la tradición”. Y segundo, de “la actitud hermética y solemne de quietismo y petrificación” – de quienes se aferran a la inamutabilidad.

Su propuesta fue entonces de cambio genuino.

Que comenzaba en el terreno de las ideas hasta convertirse “en el patrimonio intelectual del mayor número.” Por eso prefería no hablar de revolución sino de

reforma “iniciada y cumplida por los mejores y por los medios más civilizados, que son los más eficaces”.

* * * * *

“Uno de los más perfectos ejemplares Dentro del actual pensamiento hispanoamericano”, le llamó Rodó en 1911. Dominados aún por una historiografía que parece darle más valor a quienes propiciaron las confrontaciones, la obra de Carlos Arturo Torres no atrae hoy la atención que merece.

Según Gerardo Molina, “los planteamientos de Torres no encajan dentro de la democracia”, por sus temores frente a la posible tiranía del número (en *Las ideas liberales en Colombia, 1849-1914*, Bogotá: Tercer Mundo, 1975). Pero el pensamiento de Torres encajaría muy bien dentro de las tradiciones políticas que desembocaron en lo que conocemos como democracia liberal en el mundo moderno. Es allí donde ha faltado liberalismo – en el sentido filosófico que Torres encarnaba, como el mismo Molina reconoce -, donde precisamente la democracia ha encontrado sus mayores frustraciones.

En su momento, Carlos Arturo Torres fue un “ideólogo” de la convivencia pacífica. Por su muerte prematura, y su mayor edad, Torres no alcanzó a tener el protagonismo que después tuvieron los destacados miembros de la Generación del Centenario, aquel grupo notable que, como lo observara Alfonso López Michelsen, “le dió su fisonomía civil y democrática” a la Colombia del siglo XX, sobre todo en esas décadas de paz y prosperidad tras la Guerra de los Mil Días. Pero en *Idola Fori* Torres expuso muchas de sus aspiraciones, en un discurso duradero.

Hacia el porvenir, la paz en Colombia exige muchas reconsideraciones intelectuales, para las que la obra de Carlos Arturo Torres podría servir de inspiración.